

Lo que nunca sabré de Teresa

OTROS ÁMBITOS| **Berenice**



*Lo que nunca sabré
de Teresa*

MARTÍN LLADE



Berenice

© MARTÍN LLADE, 2021

© EDITORIAL ALMUZARA, S. L., 2021
www.editorialberenice.com

© de la imagen *Teresa en 1983*: Francesco Radino
© de la imagen *Teresa en 2007*: Alessandro Cerino

Primera edición: junio de 2021
Colección OTROS ÁMBITOS

Director editorial: JAVIER ORTEGA
Maquetación de DANIEL VALDIVIESO RAMOS

Impresión y encuadernación:
ROMANYÀ VALLS

ISBN: 978-84-18709-20-3
Depósito Legal: CO-363-2021

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Impreso en España/*Printed in Spain*

*A Thea Luisa,
porque algún día conozca la historia de su abuela
y se sienta orgullosa de ella*

*Porque ese cielo azul que todos vemos,
ni es cielo ni es azul. ¡Lástima grande
que no sea verdad tanta belleza!*

BARTOLOMÉ O LUPERCIO LEONARDO DE ARGENSOLA



*Young girl ain't got no chances
No roots to keep her strong
She's shed all pretenses
That someday she'll belong
Some folks call her a runaway
A failure in the race
But she knows where her ticket takes her
She will find her place in the sun*

And she'll fly, fly, fly...

TRACY CHAPMAN



Lo que sigue a continuación con toda probabilidad no sucediera como lo voy a contar. De hecho, no pasó así. Los acontecimientos principales fueron más o menos estos pero los secundarios serán fruto de mi imaginación, así como los diálogos y los pensamientos que Terry se ha llevado ya para siempre consigo. El hecho de que la realidad perdida pudiera encajar de alguna manera con esta recreación que planteo se debería, por tanto, a una feliz coincidencia.

Un claro del bosque. Los balidos de un rebaño anteceden a la entrada de un pastor que conduce a sus ovejas sobre el manto de hojas caídas que tapizan la foresta. Y en esto, el hombre pasa sin alterar el paso junto a una pareja tumbada al pie de un árbol. Ella luce una liviana túnica, puesta allí para negar por la mínima su desnudez, lo que no impide que todo su ser quede al descubierto sin que parezca importarle ni la presencia del pastor, ni el frescor de la niebla que lo envuelve todo. El impacto de esta primera imagen ralentiza la atención sobre el hombre que está a su lado, vestido como un romano del siglo I, con una sonrisa ensimismada que

luego se contrae de picardía al tomar conciencia de que ella está allí.

De improviso, el hombre le da una palmada en la nalga izquierda, a la par que se incorpora y sale corriendo. Ella se levanta al instante y lo persigue entre los árboles, entre risas. Es un juego que dura poco, porque le da alcance, agarrándole de un extremo de su capa. Las tornas cambian entonces y es el hombre quien persigue a la muchacha que, vista con detenimiento, es casi una niña. Sus largos cabellos, ceñidos por una corona de flores, desprenden al alborotarse reflejos dorados, a la par que pétalos y hojas secas. Él la alcanza y se funden en un beso al compás de la sensual banda sonora que ilustra la escena. La levanta en el aire sin dejar de besarla, pues su cuerpo parece extraordinariamente ligero, y luego la deposita en el suelo, al pie del árbol de antes. Ambos retornan a la posición inicial en que los encontramos y la cámara vuelve a recrearse en su bien proporcionado trasero. Ahora la música experimenta una distorsión que da a entender que algo no va bien. ¿Qué podría haber de turbio en una secuencia tan inocente? Fundido a negro y títulos de crédito. Aparece una moneda con la efigie del emperador y una voz en *off* declama unas palabras de carácter mesiánico. Música agresiva. Cuando termina la sucesión de nombres sobreimpresos, casi todos desconocidos, volvemos a encontrarnos a la pareja de antes, pero ahora en una alcoba, retozando sobre una cama de fantasía. El realizador sigue empeñado en recrearse en la anatomía de la muchacha antes que en mostrarnos su rostro. Llega alguien y tiene que esconderse. Es el pez gordo de los pretorianos. Le dice al protagonista que tienen que ir a ver a Tiberio. El pez gordo se marcha y la muchacha sale de su escondite. Teme por él. Se abrazan. La imagen nos muestra ahora al rubio en una

litera, acompañado por el pretoriano a pie, mientras un grupo de tipos desnudos pertrechados de picos construyen lo que parece una calzada romana. Luego llegan a una cueva infecta y un tipo calvo les recibe y empiezan a hablar de senadores y conspiraciones y mil historias así. Entre tanto, sale un montón de gente desnuda haciendo el payaso.

—¿Pero qué mierda es esta? —me dijo uno de mis acompañantes. Me encogí de hombros. A mí me la habían prestado asegurándome que era una película porno.

Era una noche de agosto del año 1992. Éramos cinco e íbamos a pasarla en el chalet de los padres ausentes de uno de estos amigos. Al tener quince años eran imprescindibles el vodka, los cigarrillos y el sexo ajeno, esto es, el practicado por otros ante nuestra mirada bobalicona y algo más. Como esa película nos había robado veinte preciados minutos de nuestra noche de machos, la quitaron sin más dilación y me la devolvieron arrojándola al aire. A pesar de mi torpeza, atrapé con los dedos la cinta de VHS y la guardé con cuidado en mi mochila, pues me la prestó un compañero de la academia estival de matemáticas al que apenas conocía y no creía que nuestra relación se fuera a estrechar mucho más devolviéndosela rota. «Es una película muy buena —me insistió—, él lo hace de puta madre y salen tías muy buenas». De momento sólo podía juzgarla por la chica, cuya cara ni siquiera llegué a ver apenas.

Mis amigos suspiraron y pidieron a nuestro anfitrión que rebuscase en su colección que ya nos sabíamos de memoria. Se votó y decidieron poner *Traci se lo monta en Tokio*, mucho mejor que mi bodrio «cutre salchichero».

—Pero qué intelectual —dijo uno de ellos—, tú seguro que hasta te la meneas con los problemas de matemáticas.

Bastó botella y media para que se quedasen dormidos en el sofá, en tanto que Traci Lords deambulaba por el Japón en busca de alguien que pudiera apagar su insaciable fuego. Al final, solo aguantamos en pie ella y yo, con los párpados cayéndoseme de sueño, pero perezoso para levantarme y subir las escaleras hasta la habitación que me habían asignado. Y entonces me quedé con la intriga de cómo continuaría *Caligula* y quién sería la chica aquella y me dio por preguntarme también si no haría mejor en buscarme otros amigos.